

# la revista de **santander**

PARA LA FAMILIA MONTAÑESA



## **CANTABRIA, CANTA Y BAILA EN MADRID**

Es una publicación de la Caja de Ahorros de Santander y Cantabria  
N.º 35 ● Abril-junio 1984

Fotografía: FRANCISCO ONTAÑÓN

# LA PISA DE LEDANTES Y EL TELAR DE CABEZON DE LIEBANA

EN 1798 se daba a conocer un trabajo elaborado en años anteriores por un autor cuya identidad se oculta en las iniciales J. M., bajo el título "Estado de las fábricas, industria y agricultura en las montañas de Santander (siglo XVIII)", en el cual se refleja la situación de nuestra provincia en estos sectores, de manera clara, entre ellos el textil, los "textidos", que eran "absolutamente desconocidos", pese a la existencia de algunos telares de "lienzo ordinario" que apenas llegaban a los setenta y eran dirigidos por mujeres. Había, en Laredo, un par de ellos, tres en el valle de Liendo y "sesenta y dos dispersos en varios pueblos de este distrito, si bien no se trabaja en ellos todo el año", se alternaba su dedicación con la del campo. Eran las "ylanzas echas a uso de rueda antigua". Aunque en Torrelavega ya hacia algún tiempo se construía una industria "para hilados y textidos de algodón", por cuenta del duque del Infantando, con un presupuesto costoso, "que según la calidad de sus edificios, número y bondad de las máquinas, podrá competir cuando esté corriente, con las celebradas de Manchester".

Era aquella una época en que ni siquiera las mujeres del pueblo, salvo rarísima excepción, sabían hacer calceta.

Por lo que respecta a la existencia de batanes, las "pisas" de nuestros pueblos, se conocían la de Ruento, la del Valle de Cabuerniga, la de Sopena, las de Arredondo, Barruelo de Ruesga, la de Iguña y las del valle de Pas, todas ellas movidas por agua. Hasta las que se llevaban las mantas y telas de escaarpines, principalmente hiladas a rueca, cuando el torno era muy poco conocido y, por tanto, sin uso. No se citaban en aquel estudio las "pisas" que aún hoy hemos podido conocer en la región de Liébana, ni algunos telares existentes en este mismo valle y en el de Soba. Nuestro comercio de las lanas adquiriría gran importancia cuando en los años 1748-49 se abría la llamada "ruta de las lanas" entre nuestro puerto y la Meseta castellana, de que hay constancia expresa en la obra "El comercio de Castilla y el puerto de Santander en el siglo XVIII", de Vicente Palacio. En una acotación al texto podemos leer: "En vista de la instan-

cia hecha por Burgos a V. M. para que en aquella ciudad se celebrase la feria de lanas que hubiesen de extraerse del Reino, como se practicó en muchos años, y teniendo presente V. M. las poderosas razones que apoyaban aquella solicitud de Burgos, así en beneficio suyo como en utilidad de la Hacienda Real y de los pueblos de Castilla la Vieja, determinó V. M. de cuenta de su Erario se abriese un camino desde Reinosa a Santander capaz de poder pasar por él dos carretas a un tiempo, por ser éste el único medio de que las lanas que llevase a Burgos el comercio pudiesen tener salida cómodamente y embarcarse en Santander". Y se recuerda que en Corconte se estableció una de aquellas lonjas, a donde acudían los carreteros en busca de la mercancía. La lana, pues, como materia prima alcanzaba gran auge y se consideraba que nuestra provincia estaba ya en condiciones de superar su etapa primitiva "por los mismos principios que facilitan los batanes, por tener a mano materia especialísima para sargas y otros Estambrados, en la Merindad de Campoo confinante, que hoy solo se emplea en los bastos y desarreglados paños de Pradanos".

El autor del estudio a que nos hemos referido más arriba mostraba su preocupación por la falta de industrias dedicadas a los tejidos y otros productos, que, cuando menos, habrían de fijar nuestras gentes al terruño que las viera nacer. Deseaba el fomento de los "textidos e hilados" como objeto esencial que había de promoverse "por todos los medios dables": aunque no "se siguiese más utilidad que la de sacar de la ociosidad el gran número de mujeres que viven poseídas de ella, sería este país un beneficio de la más distinguida importancia", porque, "habiendo en el país muchas y hábiles hilanderas, se facilitaría la introducción de las fábricas, su establecimiento y se verificaría insensiblemente con la progresión natural de las cosas que es la que rectifica las fábricas, y los proyectos". Y terminan su capítulo sobre tejidos el autor del "Estado de las fábricas, comercio e industria...": "Lo que queda dicho de los textidos en general comprende con particularidad los de Lana, en parte alguna son tan necesarios; si se fomentasen

por los medios propuestos, o otros que puedan discurrirse se lograría el veneficio de tener dentro del propio suelo las Estameñas, los Burrieles, los telares de medias, las Mantas y otras estofas que son privativas de aquella primera materia. Se surtirían cómodamente estos naturales, y pasaría el consumo hasta los estranjos".

La situación de Cantabria en siglos pasados queda reflejada en lo someramente expuesto, por lo que a sus actividades textiles se refiere. Las ordenanzas de nuestros concejos contienen algunas normas, asimismo, sobre tal actividad, especialmente en lo que al lino se refiere, aunque esto ya merezca un capítulo aparte. Hallamos datos curiosos respecto a la función que cumplía la lana en algunas de las costumbres de nuestros pueblos campurrianos, especialmente cuando sabemos que las mantas de tiras y las de lana, las colchas de lino, o de lino y lana, constituían verdaderos primores de la artesanía textil campurriana, nacida y desarrollada pacientemente al calor de la chimenea en las largas jornadas invernales, aquellas de las "hilas", parte esencial del acervo de nuestra cultura y de nuestro folklore. "Las colchas de lino —escribía el duende de Campoo— o de lana y lino, eran, por decirlo de alguna manera, como las piezas de lucimiento, donde se ponían a prueba el buen gusto y la constancia de las buenas artesanas. Casi todo el entramado y casi toda la urdimbre era de lino, en su color crudo, al natural, de hilo fuerte y muy igual, con franjas y cenefas de lana negra o de colores, con lazadas y flecos al gusto de cada cual". Y los escaarpines de lana, unos, para andar por el pajar y la cocina; otros, mejor conservados, para salir de casa o ir a Misa con los pies bien calientes dentro de las abarcas. Tela muy gruesa y bien cortada, porque era importante mostrarse la artesana habilidad para cortar esas telas, si no quería estar en boca de las vecinas... Y la capa, las polainas...

Los hombres campurrianos tenían sus atuendos típicos con profusión de prendas de lana, para hacer frente al duro invierno; las mujeres usaban los escaarpines, las medias de lana blanca y "como prendas de abrigo, dos, tres, o cuatro manteos de lana hilada y tejida

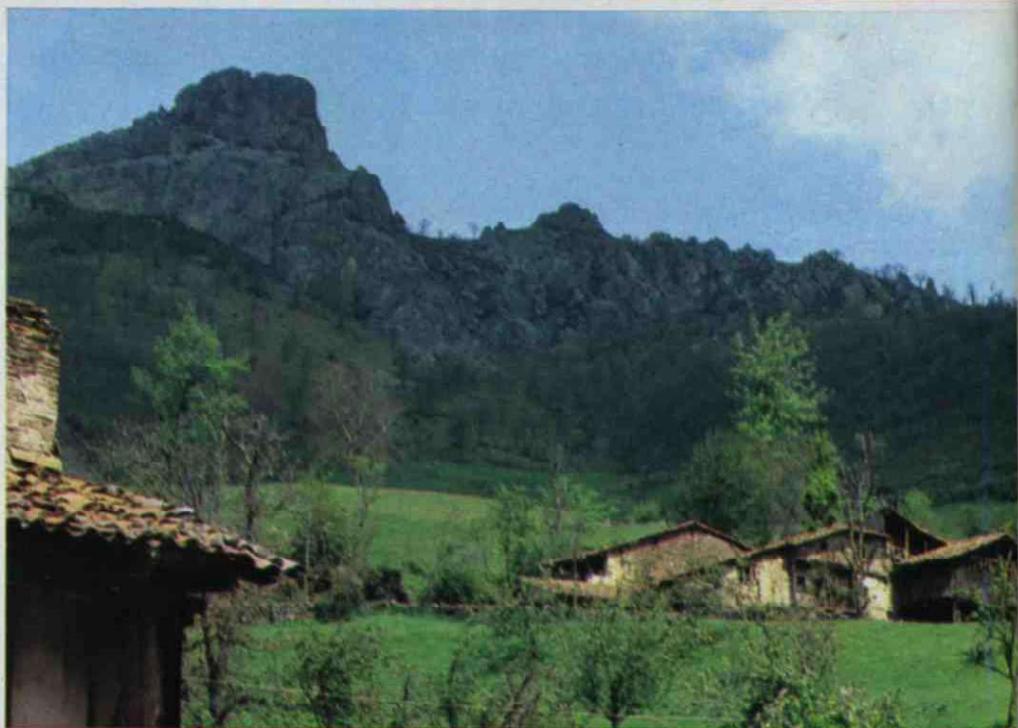


## Si no se pone pronto remedio, los últimos vestigios de esta artesanía pueden desaparecer en breve.

en casa, y batanada en el batán más cercano, atados a la cintura con un broche fuerte cada uno, de color rojo la mayoría de las veces, negro para los lutos y, algunas veces, las menos, de amarillo desvaído de muy mal gusto". Todo se hacía en casa: "La lana, a través de múltiples operaciones, pasaba del lomo de la oveja al cuerpo de quienes se vestían de ella. Esquileo, lavado, cocido, cardado y tejido, todo labor de las mujeres de la casa, jóvenes o viejas, desde Navidad hasta Cuaresma, en que empezaban las labores del campo".

Los batanes y los telares públicos se fueron especializando en cada zona o comarca, a medida que las labores de tejer fueron decayendo en los hogares, por muy diversas causas. Se llevaban las telas a las "pisas" y se entregaba la lana hilada en el telar y esta operación constituía, prácticamente, otro ejercicio social, porque ello suponía un desplazamiento "ritual", con una estancia más o menos prolongada junto a la "pisa", al igual que ocurría cuando se iba a los molinos. Hubo telares en muchas zonas y "pisas" en las riberas de los ríos, alguna de las cuales, de uno y otras, han llegado a nuestros días. En Cabezón de Liébana existe uno de estos rústicos telares, templo de nuestra artesanía, instalado en la planta baja y semioscura de una casa próxima a la carretera. El tinglado de madera sostiene en sus cuatro piedrechos de roble todo el sistema de peines y pedales que permite a la mujer que regenta el modestísimo negocio cumplimentar los encargos de telas para escarpines y mantas de caballería; más finas, según que sean tejidas en un telar o en otro. La rústica lanzadera va trenzado el hilo con la habilidad que le imprime aquella mano hecha a la dura y paciente labor.

El primitivo tinglado recuerda por su estructura fundamental uno de esos "potros" que solemos ver en nuestros pueblos. La rueca a mano, el gran sistema bobinador, con un doble biombo plegable, gira y gira dejando salir la madeja; los peines estiran los hilos de la urdimbre en doble hilera dejando entre ambas sitio para que la lanzadera enhebre los transversales que son apretados para dar mayor consistencia a la pieza parda, que en ocasiones se combina con un tono más claro o más oscuro, a franjas. Las manos de la tejedora van y vienen, una y otra vez, sobre el entramado lenta, lentamente, para, al final de la jornada, haber hecho apenas unos centímetros



La "pisa" de Ledantes se encuentra en un paraje idílico, al pie de una torrentera, con los Picos de Europa al fondo.

*En la semi-penumbra del telar, la tejedora se entrega a la tarea de tejer las lanas para mantas y escarpines con la misma técnica de sus antepasados de esta región cántabra.*



de tela tosca; a entregar a los clientes que, a veces, llegan hasta la vecina provincia de Palencia por el cercano puerto de Piedrasluegas en busca de unos escarpines para hacer frente a los fríos invernales, o una manta para preservar de los rigores del tiempo a sus caballerías. Es la única tejedora que queda, el único telar que se conserva. Si alguien en la Diputación o alguna entidad cultural no lo evita, desaparecerá para siempre un testimonio precioso de nuestra industria textil artesana.

La única "pisa" de Liébana, la única de la provincia, en funcionamiento, se halla en un paraje increíblemente bello, al pie de una cascada de bullicioso arroyo, a la sombra de los árboles, en el lugar de Ledantes. Para subir hasta aquí los que desean los servicios del batán, han de hacer el camino a pie, desde el pueblo cercano de Villaverde o desde el de Barrio, mies, a través, sobre el paisaje grandioso de las montañas. La distancia a recorrer es de dos kilómetros. Pero la marcha merece la pena: al visitante le espera una grata sorpresa, algo así como el hallazgo de un tesoro. Y, etnográficamente, lo es. Otra vez los cuatro pies derechos del armazón sobre la corriente domañada de la presa, regulada, y, bajo ellos, como bajo palio, el gran banco de roble, sobre el que descansan dos enormes martillos; y atravesando la torrentera, un eje con abrazaderas de hierro que hace girar una rueda de palas sobre las que vierte el caudal impetuoso, a modo de que como trabaja la noria; otras palas situadas en el eje de madera al girar accionan alternativa y sucesivamente los martillos que golpean sobre el respaldo del banco donde se sitúa la tela que, al tiempo que recibe la descarga de ambos elementos, va corriendo hacia arriba. La operación necesita de la refrigeración oportuna y ésta se proporciona por un canalillo de madera, muy rústico, situado en la desembocadura de la cascada. El paso del agua por la canaletta principal hacia las palas de la "noria" es regulado desde "el puesto de mando" de la misa, con una larga pértiga que descansa en su brazo accionado a discreción, y regula el caudal, mediante la pala transversal que hace de tapón o abertura, según requiera la operación.

Los nombres de cada una de las piezas del artilugio son por de más curioso: los "yuguetes" en la cumbre del tinglado, para sujetar los martillos; el "pejo" o banco; los "álaves" o aspas de la rueda que recibe el impulso de la corriente, y cada pieza su nombre, que no vamos a enumerar por prolijo. Nos interesa más destacar la existencia de este batán curiosísimo, certificar su uso para las piezas de lana o lino —hoy exclusivamente lana— que todavía, cada mes de mayo, solicitan de su dueño, Manolo, las hilanderas ocasionales. Lo heredó de sus mayores, aquí junto a las aguas del San Andrés y del Riaña juntas.

**Mann SIERRA**  
**Fotos: Francisco HONTAÑÓN**